

La identidad de Marta



En este artículo se aborda el tema de la construcción de la identidad y sus implicaciones en la escuela, en concreto en colegios de la Compañía de Jesús. Está redactado como una carta a una compañera en la que describe una formación en la que se ha participado.



Jonás
Fernández
Mangado



FEJE Norte
pastoral@jesuitakeducacion.org



Hola Marta

Espero que estés bien o muy bien en este final de curso. Hace tiempo que no nos vemos. Yo sigo de aquí para allá siempre deseando estar más en el aula aprendiendo de los niños. Ya sabes que me lío fácilmente siempre que me piden alguna colaboración o surge alguna oportunidad de formación.

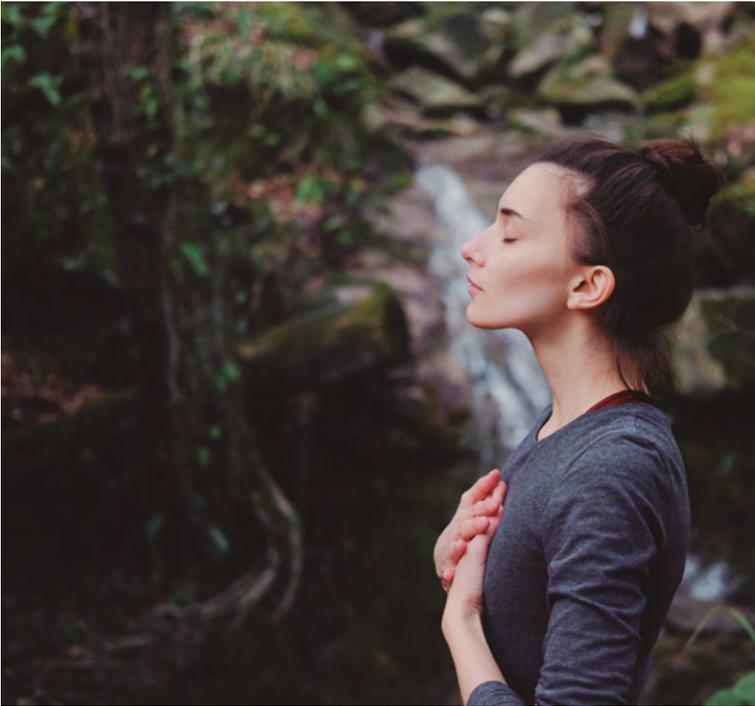
De esto quería escribirte. Hace un mes estuve en un encuentro sobre identidad en colegios de la Compañía de Jesús. Qué es y en qué consiste educar con y en identidad. Algo nada sencillo en los tiempos que nos toca vivir en los que el ser se confunde con el sentir, cuando las emociones son la verdad suprema de la que no se puede dudar. Ya conocemos a más de uno con este perfil.

Hubo varias ponencias. La línea de fondo fue qué papel tiene la identidad en nuestra labor educativa y qué grado de preocupación tenemos por ella. Muchas veces hablamos del perfil de salida del alumno ¡como si fabricáramos tornillos! Pero, ¿queremos que nuestro alumnado acabe su etapa educativa con una identidad enmarcada en una orla? ¿Nuestra tarea es descubrir los mejores talentos personales para el bien común? ¿Educar para en todo amar y servir... o para que el alumno busque "ser amado y servido" en todo? ¿La excelencia académica la encaminamos más allá de estar al ser-

vicio de uno mismo, más allá del éxito personal?

Quedó claro que cuando hablamos de identidad dentro de nuestros centros educativos, no hay unanimidad. Es un concepto muy amplio en el que cabe casi de todo. Cada persona puede tener un concepto diferente acerca de qué es, cómo se conforma y en qué nos implica como educadores.

Me gustó cuando hablaron de tres peldaños que ayudan a entender cómo se construye la identidad. En primer lugar, lo personal, único e irrepetible. Cómo somos parte de la creación, de un conjunto, de una unidad y al mismo tiempo somos criaturas exclusivas más allá de lo genético y lo social (¿será algo así como la esencia vital?). Personas determinadas, limitadas y capacitadas por nuestra realidad más concreta, nuestro propio cuerpo, nuestra historia personal, virtudes, valores y temores. Creo que aquello de estar hechos a imagen y semejanza de Dios tiene algo que ver en nuestra visión creyente del ser humano, de nuestro ser más profundo. Somos una urdimbre en la que un hilo dorado (y al mismo tiempo sencillo) se entrelaza dándonos sentido. El hilo dorado y divino del Creador. Yo entiendo que nuestro papel aquí es de acogida. El alumnado entra en nuestros colegios con este bagaje personal. Saber descu-



Aunque nos pongamos de perfil, de lado, de frente o de espaldas siempre educaremos lo que somos, es la máxima responsabilidad como educadores

brir esta potencialidad personal es una tarea educativa apasionante.

Sabes Marta que no solo dependemos de nosotros mismos. Somos, existimos, sobrevivimos gracias a la pertenencia al grupo. No sé si recordamos ya la pandemia del 2020. Parece algo de un tiempo remoto por el que medimos nuestra vida. Antes o después de la pandemia. Aquella vivencia tan universal mostró (otra cosa es que lo reconozcamos) que dependemos unos de otros irremediablemente. Aquello del efecto mariposa, pero vivido por todo el planeta. Nos necesitamos vitalmente para vivir, necesitamos colaborar (co-laborare, trabajar en unión.) Este es un segundo peldaño de construcción de nuestra identidad: juntos con otros, en sociedad. Fluyendo en mutua influencia del otro en mí y yo en el otro, casi sin límites. Estoy influido por la identidad del otro y mi identidad influye

en la suya. Y aquí nos jugamos mucho en nuestros colegios. Es fácil recordar aquella frase de “Se enseña lo que se sabe, se educa lo que se es”. Somos centros educativos por lo que queda claro que queremos ir más allá de la trasmisión de conocimientos. Educamos lo que somos. Aunque nos pongamos de perfil, de lado, de frente o de espaldas siempre educaremos lo que somos. Esta es la máxima responsabilidad como educadores. Quizá por esto me gusta recordar que las personas con mayor responsabilidad en los colegios son aquellas a las que se les pone sustitución cuando faltan una o dos horas. Las personas que están en contacto directo con el alumnado, esas son las de mayor responsabilidad. Estas personas educan siendo lo que son. Hay que cuidarlas y a su vez ellas tienen que cuidar mucho su SER.

Como tercer peldaño de la construcción de identidad se habló del modelo de identificación. Es la aspiración a la que tender, que nos orienta a la hora de dar pasos en la vida, nos da forma y sentido. Un yo ideal que nos impulsa a la imitación, a la fusión con el modelo. Es una mediación, una referencia vital a la que ajustarse en las distintas etapas de la vida. A cuántas personas se les despierta su vocación a través de un ejemplo, un modelo.

Este peldaño de la identificación, de modelos y aspiraciones es propuesto (en ocasiones impuesto por la sociedad) desde la infancia. Cuántas veces, Marta te han hecho desde muy pequeña la famosa pregunta lanzada con buena intención por familiares y personas cercanas “Y tú, ¿qué quieres ser de mayor?”, esperando que la respuesta sea un trabajo. La pregunta debería apuntar al SER no al hacer. Hay algo ahí, significativo y tramposo que nos hace igualar lo que SOMOS con lo que hacemos laboralmente. Recuerda Marta que tu santa es patrona de los que sirven la mesa. Que Jesús en casa de Marta repitió tu nombre dos veces para llamar la atención a tu tocaya porque se dejaba llevar por el puro hacer (“Marta, Marta, te preocupas demasiado por muchas cosas y solo una es necesaria”. Lc 10,41).



Al margen de lo engañosa y tradicional de esa pregunta de la infancia, quizá sea este un primer paso hacia una aspiración más trascendente, hacia un modelo de vida. Solo hay que pasar del qué quiero ser a pensar “yo quiero ser como esta persona, como este modelo”, como ese modelo.

Estos tres peldaños los presentaron como una escalera dinámica entre lo propio, lo social y la identificación. Cómo este largo proceso nos hace madurar hasta poder decir “este soy yo”. Un ser, una identidad, que se va modulando durante toda, toda, toda la vida.

Teniendo en cuenta estos aspectos de configuración de la identidad, alguna ponencia enfocó a Ignacio de Loyola. Qué rasgos le hicieron ser lo que fue, cuál fue su identidad; hermano pequeño de trece hermanos, huérfano de madre, de familia noble y militar, salido de casa siendo un niño, recibiendo una educación exclusiva para su época, trabajando para la corte, desplazado de su puesto hasta Nájera, herido en batalla, con una secuela clara en forma de cojera, solterón, con su proyecto de éxito social truncado...Y sumado a todo esto surge en su convalecencia un ideal del yo, un modelo de vida; Jesús de Nazaret, que le llevó a decir “yo quiero ser como...”.

Ignacio tuvo un modelo claro de identificación: Jesús. Llegó a Él, no por la

reflexión elaborada, sino por contemplarlo en oración como ideal de plenitud. Su convalecencia en la Casa Torre fue la gran pausa de su vida. Un frenazo forzado por una herida que dejó un hueco por donde Dios tocó su corazón. Eso nos puede iluminar, Marta. En general, cada vez vivimos más rápido y en el colegio no es muy diferente. Hay poco espacio para la pausa y esto se traslada fácilmente a nuestro alumnado.

En Loyola, Ignacio comenzó a empararse de la vida de Jesús, de su manera de actuar, de sus palabras. Quedó fascinado por Él, hizo de Él su centro, el punto de apoyo sobre el que giró todo el resto de su vida. En su autobiografía refleja este punto de inflexión en su primera frase: “Hasta los veintiséis años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo...”.

De esta experiencia de encuentro con Jesús, vital y progresiva, surge la propuesta de los Ejercicios Espirituales. Pedir “Conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más lo ame y le siga” EE. EE. [104]. “Como si presente me hallase” EE. EE. [114]; Ver lo que Él ve, sentir como Él, hablar como Él. Los ejercicios nos van dando herramientas para que Jesús transforme nuestra vida desde lo más profundo.

Una vez sentados estos cimientos la formación miró hacia nuestros colegios



de la Compañía de Jesús; ¿qué es la identidad ignaciana? ¿Es tener a Ignacio como modelo a imitar? ¿Es Ignacio nuestro ideal del yo? Se subrayó algo que se dice a veces en voz baja con la pretensión de no ofender: "tenemos el riesgo de autodenominarnos ignacianos antes que cristianos".

Ser cristiano es tener a Jesús en el centro. Vivir con Él y como Él. Experimentar la fuerza del amor puro. Estar dispuestos a hacerse disponibles. No tener miedo de desaprender y entrar en la lógica de la misericordia de Jesús. Estar abierto a su llamada, escuchar a Jesús con todos los sentidos. Esta es la esencia de la identidad cristiana. Entonces ¿qué es ser ignaciano?

Tenemos un relato precioso de Polanco, secretario de Ignacio, acerca de la fundación de la Compañía. Cómo se decidió el nombre como orden religiosa. Entonces ya existían los franciscanos, de Francisco de Asís, benedictinos de San Benito, dominicos de Santo Domingo de Guzmán. ¿Y ellos? Esta nueva congregación, este grupo de compañeros, ¿se llamarían "iñiguistas" o "ignacianistas"? Polanco, en 1548, deja claro quién les dio nombre y por lo tanto rasgos de identidad:

Cuanto al nombre de la Compañía y modo cómo se hizo y confirmó, lo que de información y escrituras de los mismos padres de la Compañía he podido saber

es lo siguiente: el nombre es la compañía de Jesús y tomóse este nombre antes que llegasen a Roma, que tratando entre sí cómo se llamarían a quienes les pidiesen qué congregación era esa suya que era de nueve o diez personas, comenzaron a darse a la oración y pensar qué nombre sería más conveniente, y visto que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro propósito sino a Jesucristo a quien solo deseaban servir, parecióles que tomasen nombre del que teman por cabeza diciéndose la compañía de Jesús. Y en esto del nombre tuvo tantas visitaciones el p. m.º Ignacio... (Monumenta Historica Societate Iesu, pp. 203-204)

La identidad ignaciana, por tanto, no supone una identificación con la persona de Ignacio sino con la espiritualidad que mana de los EE. EE.; que es Jesús mismo. Algún ponente con cierta ironía dijo que va mucho más allá de hablar un lenguaje determinado, tener un título de formación, ser más o menos fiel a la obra de la Compañía en la que se trabaja, utilizar logos en camisetas y paraguas o tener en Drive toda la documentación de las congregaciones generales.

Ser ignaciano es mirar a la realidad con los ojos de Jesús que se concreta en la manera de vivir la relación con Dios, con otros, con el mundo y con uno mismo. Vivir todo en la vida como envío. Envío a una misión que no es mía (ni de desarrollo personal) sino del Señor, al estilo de Jesús.

Esta identidad que mira la realidad desde los ojos y sensibilidad de Jesús de Nazaret suma una característica significativa que tiene mucho que ver con lo que hoy podemos llamar Ciudadanía Global. Este seguimiento, esta identidad, no es en soledad. La experiencia que cada uno pueda tener de Jesús es personal, única e irrepetible, pero se da en *societas*, en comunidad, en grupo. Sabes, Marta, que en el colegio somos compañeros (cum-pañis, que comparten el pan). Sí, ya sé que ese es el ideal, no la realidad; pero docentes, personal de PAS, alumnado y familias somos comunidad. Comunidad educativa más allá de creencias, ideas y culturas.



En una mesa redonda final con varios de los ponentes alguien preguntó qué pistas podemos o debemos buscar para saber si esto se da en nuestra vida personal y sobre todo en la vida colegial. Qué indicadores objetivos nos pueden ayudar a ver qué es lo que nos mueve como colegio. Sobre todo, qué valores identitarios nos definen. Nos quedamos con toda la atención mirando a los ponentes. ¿Quién respondería? Siempre hay alguien que sabe preguntar lo concreto y por suerte a veces hay quien responde con la sabiduría que solo da la sencillez: “Podemos venirnos arriba hablando de nuestros valores, citar documentos, nombrar las conocidas 4 ces. Respondo con una contraseña que puede abrirnos la mirada en este asunto. Tres preguntas. Primera: dónde invertimos nuestro tiempo colegial. Segunda: dónde aplicamos la energía laboral. Y tercera: en qué gastamos el dinero que administramos como colegio. El resultado que obtengamos de estas tres preguntas serán la prueba objetiva de nuestros valores identitarios. Ni más, ni menos”.

¡Ah, se me olvidaba contarte! En estos tiempos que vivimos no sé si te tengo que advertir, o pedir perdón por no haber utilizado ninguna IA para escribirte este resumen de la formación en identidad. Perdón porque algo de mi identidad se transparenta a través de mis palabras. Es inevitable, ¿no? Quizá incluso una coma

Qué indicadores objetivos nos pueden ayudar a ver qué es lo que nos mueve como colegio. Sobre todo, qué valores identitarios nos definen

mal puesta, un giro verbal que vaya más allá de lo políticamente correcto, incluso algún ramalazo poético o una imagen simbólica con vocación de mirar diferente.

Te lo comento porque la presencia de las IA en la educación también fue un hilo del que tiraron varios ponentes. Sobre todo, en los aspectos de la identidad referidos a la trasmisión de la fe. La idea básica fue que la educación lleva consigo una transformación, una evolución gracias a una transmisión. La base de la IA es una repetición de esquemas sin alma, un reflejo de un ritmo frenético sin norte en el que solo importa un resultado externamente bien formado, una buena imagen. No se quería demonizar la IA, pero sí resaltar el riesgo que supone en el ámbito de las humanidades. Queremos que me lo den hecho sin pedir explicaciones ni gastar nuestro precioso



tiempo. Eso buscamos en la IA. Algo así como ser James Bond, agente 007, con "licencia para matar". La IA nos da, como a Bond, "licencia para copiar". Al menos licencia para no crear nada propio, único y nuevo con todo el derecho a poner nuestra firma a pie de página. Una firma tan vacía de identidad y valor como una hoja blanca esperando en la bandeja de la fotocopidora.

Si miramos la historia podemos ver cómo en todos los campos del conocimiento muchas personas hicieron posible nuestro tiempo actual con su pensamiento y su vida. Recibieron por transmisión una sabiduría que supieron renovar aportándonos su creatividad, su novedad, nuevas formas de vida, otras maneras

de vivir la fe. De alguna manera saltaron el marco de lo establecido y abrieron el horizonte por el que caminamos hoy. La IA está muy lejos de poder ayudarnos en esta tarea y creo yo que provoca que demos vueltas sobre nosotros mismos sin más novedad que nuestro ombligo.

Bueno, ahora sí. Dejo de escribir. Ya ves, Marta, que este tema de la identidad da para varias jornadas de formación, y resumirlo en estas palabras tiene el riesgo de quedarse en cuatro tópicos y frases hechas.

Recuerda lo que Jesús le dijo a tu tocaya Marta en casa de Lázaro. No te preocupes de muchas cosas, que solo una es la importante. El hacer está bien pero el contemplar al que da sentido... eso da vida. Y esa vida, será tu identidad •



PARA SABER MÁS

ESQUIROL, J. M. (2024). *La escuela del alma. De la forma de educar a la manera de vivir*. Acantilado.

GARCÍA DE CASTRO, J. (2021). *Educación invisible. La inspiración en la educación ignaciana*. Editorial Mensajero, S. A.

GARCÍA INDA, A. (2020). *La dulce militancia*. Editorial Mensajero, S. A.



HEMOS HABLADO DE

Identidad cristiana; identidad ignaciana; ejercicios espirituales.

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en diciembre del 2023, revisado y aceptado en marzo de 2024.